

Nuevas Memorias de Mambruno

1961

(Continuación)

30 MAYO (diez de la mañana)

Entramos en el páramo, y es todo roca y desolación, precisamente ahora en primavera, cuando hierve la vida. La verdosa extensión del páramo es algo que produce una impresión de infinitud, de anonadamiento. Mambruno se sabe muy poco, en el páramo se ha sentido nada. Es como si de pronto ensordeciera y la mirada se le replegara hacia adentro, hacia un horizonte de monotonía. No hay indicios de vida: ni un pájaro, ni una liebre. Algunos olmos, en fila, con pocas hojas, se alzan en la carretera. El cielo, lloviznoso, y alguna nube negra lejana. Son quince kilómetros de silencio, de infecunda inmensidad. Cómo se empequeñece el hombre en el páramo y cómo se dilata el alma buscando límite, vida. Allá, esparcidos, unos gamones blancos y sobre la tierra descarnada la amarillez inútil de las gémibas. Cerca de Villalta ya, un labrador empecinado rompe la tierra con una pareja de bueyes.

30 MAYO (once de la mañana)

Atravesamos el puerto de La Mazorra, y ante los ojos de Mambruno y Manolo, se abre el abanico esplendoroso de luz y verdor que es el Vallé de Valdivielso. Las varillas de este verdeante e inmenso abanico abierto y sujetado por la cósmica mano de Dios, son una primer cadena de montañas azuladas, que a su vez resguardan a otras montañas más bajas, todas verdecidas y alegres. Abajo, el padre Ebro, con su vieja barba de légamo

ibérico recorre el valle. De entre el verdor, y pintorescamente salpicados, brotan pueblos con tejados rojizos. Qué profusión de frutales, perales, ciruelos, manzanos y nogales, qué cargazón de frutos, y cuanta esbeltez la de los chopos del río. El Valle de Valdivielso es la viva imagen entrelazada de la fecundidad y la belleza.

30 MAYO (once mañana)

Acabamos de entrar en la Merindad de Castilla la Vieja, cuyo centro natural es Villarcayo. Es una zona fecunda, de riqueza agrícola y ganadera, carnes excelentes, pastos magníficos, zonas trigueras y un buen trecho de frutales. La tierra está lozana, aún húmeda de lluvia. Se suceden casas blancas y rojas y en torno extensos campos cultivados. Seguimos la orilla del Nela, río truchero, el paisaje es frondoso, hasta el punto de cubrir el río, y formar una inmensa bóveda de verdor; cruza el Nela entre álamos y chopos entrelazados.

30 MAYO (once y media mañana)

El Nela ha perforado la roca caliza y ha surgido Puentedey, un puente natural. Pasa el río a través de las rocas, que ha ido excavando día tras día. Por encima, casas cubiertas de verdor, al fondo, el agua tranquila del río Nela, clarísima entre el verdor. En lo más alto, como encaramado, el pueblo. Casas blancas con balcones rojos y casas con miradores. A la derecha, la iglesia con varias casas adosadas. Sobre el puente, varios carrascos y un nogal. Le gustan particularmente varias casas con balcones colgantes y cubiertos. El Nela fluye, todo rumor clarísimo, entre verdura, cuando Mambruno lo contempla por última vez.

30 MAYO (doce mañana)

Son las doce de la mañana. Cielo cubierto de nubes. Lluve. Tejas rojas y casas que descienden por una ladera cubierta de árboles. Estamos en Pedrosa de Valdeporres. Enfrente, una mole rocosa. Con las laderas cubiertas de carrascos. Sopla un viento lluvioso y fino. Corre el Nela entre álamos y chopos, Mucho verdor. Hay vacas pastando. Tierra de prados y de frutales. Junto al río reina un hondo sosiego. Roto solamente por algún ruido lejano. Hay árboles rumorosos con relumbrantes hojillas verdeantes. Hierba muy crecida, alta. Canta una calandria. Dulce y penetrante su cantar se afianza en el viento. Pasean Manolo y Mambruno.

30 MAYO (una de la tarde)

Hacia Espinosa de los Monteros. Terreno ácido, aparecen el castaño y el centeno. Espinosa es una ciudad singular, desparramada, es una mezcla urbana y campesina, de huerta y bosque, de prado y vergel. Como llueve mucho todo verdea y crece profuso. Conoce Mambruno al pintor Luis Gutiérrez Solana, alto, de rostro afable, ya canoso, pero de espíritu juvenil y bohemio. Desde la galería de su taller se divisan el verdor de los árboles y el rojo húmedo de los tejados de Espinosa. Luis, el pintor, conoce mejor que nadie a su pueblo y sabe por eso pulsar su sensibilidad. Lo ama, y se ha identificado con él, y ha sabido hallar su ángulo más raro o enseñarnos un rincón de belleza singular.

Espinosa es una ciudad antigua y señorial, con palacios y casonas heráldicas. Algo huele allí a rancio, a moho, a tiempos idos. No es raro encontrar a una casa solariega derruida sirviendo de gallinero. O bien los muros de un viejo palacio albergando ahora a un carro y una yunta de bueyes, con todo el suelo sucio, cubierto de boñiga. Espinosa se caracteriza por una mezcla de señorío y suciedad, muy a lo antiguo español. Ciudad enquistada, lucha por sobrevivir y por modernizarse. Le salva la naturaleza, el prado, el chopo, la vaca.

Hay en Espinosa palacios hermosos como el de los marqueses de las Cuevas de Velasco, que por la largura de sus apellidos puede medirse lo que sería su vanidad. El viejo castillo del pintor, que posee Luis, rodeado de hierba altísima y húmeda y nogales magníficos. Pero lo más asombroso son los chopos, esbeltos y altos, como Mambiuno no ha visto otros jamás. El castillo del pintor, en estado casi ruinoso, se conserva gracias a los cuidados de Luis. Cerca se desliza el río Trueba entre álamos, espumoso y tranquilo.

Regresamos a la plaza, llena de trajín y bullicio. Están repletos de gentes los cafés. Mambruno se ha quedado con ganas de volver a Espinosa, le atrae esa mezcla de belleza artística y natural.

30 MAYO (tres de la tarde)

Es Villarcayo un pueblo abierto, llano, limpio y acendrado, con casas blasonadas. Su plaza principal, con sus plátanos húmedos, como sus hoteles, sus cafés, sus comercios, dan la impresión de un alto nivel de vida.

La tarde vacila entre plomiza y lluviosa. Pasamos por delante de la mole rocosa de Pedrosa de Valdeporres. Se cierne un buitre en el cielo, alto, terrible, aleteante.

30 MAYO (cinco de la tarde)

Hacia Burgos. Ya atardecido se divisan las altas torres de Medina de Pomar. Paramos en el centro. Medina es una ciudad preciosa, pintoresca, a la par antigua y moderna. Desde la plaza se avizora un panorama singular. Abajo, blancos saúcos en flor y muchos árboles, y, como esparcidas, casas rojas y blancas entre la verdura y vegetación de las huertas. Un verde perfil de chopos festonea la orilla del Trueba. Valle circuido de azules montañas, abajo, la fecundidad del valle, y arriba la satisfacción y descanso del pueblo. Canta un ruiseñor. Mambruno lo escucha absorto. En Medina de Pomar hay calles empinadas, calles en cuesta, de ciudad vieja. Casas modernas adaptadas a un castillo antiguo. Dos cubos, y debajo la casa blanca con su techumbre rojiza. Esta plaza y calle de Santa Cruz parece una antigua callejuela o plazoleta de Córdoba. Paredes blancas, arcos y faroles, como en una calle cordobesa. Tal es el influjo de lo árabe en Castilla.

30 MAYO (diez de la noche)

Cruzamos anochecido el desfiladero del Ebro, entre Trespaderne y Oña, y hemos parado en Briviesca, lluvia y solitaria, siempre elegante, como una señorita con impermeable, bajo la lluvia. Cenamos. Brillan en la carretera las luces rojas de los camiones, monstruos rojos de una noche apocalíptica. A las doce, hemos llegado a Burgos de nuevo.

22 JUNIO

El verano ha cambiado de sereno en tormentoso, y ha llovido. Hace fresco, pero la temperatura es agradable. Mambruno continúa leyendo o despachando su correspondencia: contesta siempre. Hay un tipo de escritor español que se jacta de no corresponder, de no contestar, es decir, tiene a gala su mala educación, le parece de perlas su falta de cordialidad. Ello, claro, entraña un fondo orgulloso, una manera de ser egoísta y limitada, opuesta a toda universalidad, a toda convivencia; es una enfermedad muy extendida, a través de ella podría tal vez estudiarse la falta de universalidad de gran parte de la literatura española. También este vicio delata una manera de ser muy española, quiere decir, charlatana y embaucadora, perezosa y poco íntima y confidencial. Con palabras, nos vela o cela su intimidad, y le gusta pasar por áspero y desabrido, cree que en ser tierno hay.

una falta de hombría, en ser humilde como un rebajamiento de la propia personalidad, y en ser inteligente una especie de cobardía, de ahí que se empecinen en la intolerancia y en la incomprensión, en el no reconocer ninguna cualidad ajena, si acaso la bravura, el valor, porque él mismo impone su propio respeto y obliga al hombre ibero a la doblegación.

25 JUNIO

Mambruno ha caminado con Sabino hasta La Ventilla, han seguido el camino de la Quinta, como a través de un bosque sombroso, entre un vibrar de sombras plateadas, bajo el fresco rumor de las hojas de centenares de árboles, a la par del verde susurro de miles de ramas, movido por el viento; todo es grata delicia hasta que llegamos a los alrededores de Capiscol, un lugar cercano al río, donde se amontonan piedras, basuras, ladrillos, fango, se respira allí un olor fétido, sin embargo aquí acampa una tribu de gitanos, parecen amantes de la suciedad, no practican higiene alguna, y se les suele ver, como ahora, revolviendo la basura, espulgando cosas viejas, en desuso, que en sus manos cobran por lo visto un extraño valor, así un cacho de espejo, un peine mellado, con pocas púas, periódicos grasientos, zapatos descosidos, o rotos, que aún recuerdan al ser humano que los llevó, pañuelos agujereados, retazos de telas de color, un reloj lleno de moho, una pipa, una sarten rota y miles de cachivaches más. Los gitanos son diestros en el espulgo y saben elegir.

El gitano en Castilla es nómada, y levanta su tienda de campaña en los lugares más diversos. El castellano le desdeña, es un desprecio absoluto y cruel, le hieren las zalamerías del gitano, su peculiar forma de ser, y en lo hondo de su ser desearían la extinción de esta raza, como antaño desearon la desaparición de moriscos y judíos. Pero si el castellano es duro y despectivo, raza superior, nunca vencida, y acostumbrada a mandar, el gitano es tenaz y flexible, y tiene una movilidad natural contra la que no es posible luchar, como la de un pájaro, que revolotea aquí o allá, sin fijarse por mucho tiempo en determinado lugar, además se acomodan a todo; contra el gitano es inútil luchar, y el castellano lo da como un caso perdido.

Mambruno y Sabino, pasado Capiscol, atraviesan la vía del ferrocarril y por un camino de chopos llegan hasta La Ventilla, en donde almuerzan una de sus famosas tortillas, regada con buen clarete, y pan bien sebado de Castilla, con el entretenimiento de unas olivicas.

La vuelta ha sido rápida, pues amenazaba tormenta. Caían gotas de lluvia, y al llegar a la ciudad estalló estruendosa la tormenta. A Mambru-

ño la irrupción de la tormenta le electriza físicamente, le desasosiega, y le pone nervioso. Cuando la tormenta estalla, y de la tierra se levanta un hálito húmedo, a Mambruno parece como si le liberaran de una opresión de angustia, de asfixia.

Esta noche, mientras Mambruno consigna aquí estas notas, observa que en la calle llueve ruidosamente, deben ser granizos, pues de vez en cuando retumban sonoramente al chocar en los cristales.

26 JUNIO

Es sabido que Mambruno ama con ardor la vida, le gusta gozarla en sus aspectos más diversos, el espíritu curioso y observador de Mambruno no conoce el aburrimiento. Cuando llegan estas fiestas de San Pedro, Mambruno se dispone a disfrutarlas como un burgalés más, en compañía de los suyos. Mambruno va a los toros, espectáculo feroz pero bellísimo, él es un viejo aficionado, que ha visto corridas desde niño, allá, en el Sur natal, acude al circo y ríe y se divierte a la par de sus hijos como un niño más, en el circo Mambruno se siente inocente como un dios, y por último, Mambruno atraviesa el infierno ruidoso de las barracas, y le gusta jugar papeletas, tirar al blanco, comer pedazos de coco o regodearse con churros calentitos; a estos placeres de tipo físico hay que añadir otros de carácter espiritual, así ver flotar en el aire, rojos, azules o amarillos, los globos de los niños, ello representa una gran sensación de alegría. Pero uno de los goces más puros es la consabida visita al barracón de libros viejos. El dueño es un catalán afable y enjuto, de aire sagaz y buen ojo comercial. Hace ya diez años que Mambruno le conoce, por eso le saluda, le da la mano, y empieza el ojeo de los libros. Mambruno tiene un tacto especial para elegir, unas veces, recuerda, compró una autobiografía de Sherwood Anderson, en verdad apasionante como todo lo vivido, otra fueron varias novelas de Gorkí, entre ellas, «La Madre», la verdad y pureza de Máximo Gorkí fascinaban el corazón de Mambruno. Su realismo, como el de todos los rusos, tiene tanta poesía y verosimilitud ideal, como la de todos los rusos, que nos revela cuánto de angélico y cuánto de satánico hay en el corazón del hombre. Estos libros que Mambruno suele comprar, — pocos, cuatro o cinco cada vez— los lee mientras duran las fiestas, poco a poco, y su lectura deja un buen perfume de espiritualidad en el alma.

Calor, desde muy temprano. Toda la casa mambrunesca es luz y música de pájaros. Se inician los ruidos callejeros, así el ruido sordo de un carro al pasar, el rugir de un camión, el resonar de un claxon, voces, trepidaciones, chillidos y revuelos de gorriones.

Ha estado leyendo Mambruno a Sartre, disintiendo de él, tal vez en este suscitar polémica continua con el lector, está la clave de Sartre, y no solo polemiza, sino que incita al lector a decidirse, le plantea un dilema terrible, pues la indecisión es punible, significa un tomar parte, no cabe la inhibición. Sartre es, a veces, duro e injusto, y muy poco tolerante con el pensar y el sentir de los demás. (Mambruno ha leído toda su obra y puede juzgarlo). Sartre se cree en posesión de la verdad, de una verdad que en el fondo es nada. Sartre es muy francés, a pesar de su apariencia de universalidad, y por lo tanto, muy limitado. Sus novelas, no son propiamente novelas, incluso «La Náusea», la mayor de todas, y los personajes no son criaturas humanas, sino entes de razón. En el teatro, en cambio, Sartre es genial, una obra como «Las manos sucias», representa el drama tremendo de nuestra época, de tensión ideológica tal, que puede acabar con la libertad, y por lo tanto, con la esencia, con el alma del hombre.

Como ensayista, Sartre casi no tiene igual, por lo denso y demoledor de su pensamiento metafísico; cargado de pasión, a veces acierta plenamente al enjuiciar los movimientos artísticos, así cuando empareja al surrealismo con el parnasianismo y encuentra en ellos la coincidencia de la impasibilidad y la impersonalidad. Exacto, las dos escuelas son igualmente verbalistas, uno emplea la palabra «rígida» y otro la palabra «convulsa». En efecto, Mambruno lo presentía, pero cuando comprendió que el surrealismo no era más que una bomba cargada de palabras, fue cuando lo quiso utilizar para bucear en el mundo de los sueños, el resultado consistió en el hallazgo de un mundo espectral y misterioso, sin sangre, ni calor humano.

Mambruno comprendió entonces que no bastaba con la imaginación, sino que había que jugarse también el corazón. El poeta tiene que captar la esencia, el alma de la realidad, pues al intuírla líricamente, la realidad es trascendente por sí misma. La realidad es piedra de toque para averiguar de qué metal está forjada el alma del creador. Pero no basta solamente con la magia del verbo ¡cuidado, poetas! hay que poner corazón (aunque no se vea), mucho corazón.

1 JULIO

Una impresión espantosa —decía Mambruno, tal vez presintiendo su próxima muerte—, es la que se recibe, al pensar, que sin estar muerto, uno se halla muerto, requetemuerto, para muchas cosas de esta vida.

5 JULIO

La poesía —piensa Mambruno— requiere mucha paciencia. Poeta, es a veces, sinónimo de pescador de caña, que espera horas y horas, y a veces días, a que el pez muerda el anzuelo; los poetas, aguardamos años y años, y nos vamos con el cesto vacío, o con unos pececillos que para nada valen, o bien, en nuestra humildad, un día nos vemos favorecidos con un pez enorme, el poema entero y conseguido. Hemos robado un pez a la fatalidad, y el tiempo puede hacernos inmortales, aunque esto dure lo que el sueño (más o menos), del verdadero pescador de caña.

11 JULIO

Mambruno, en cuanto poeta, y en cuanto a la recitación de sus propios versos en público, se siente como una especie de ángel tartamudo, tal es su azoramiento y su rubor y sobre todo, su falta de vocación. Mambruno es el menos histriónico de los hombres.

12 JULIO

¡Qué mal conocida la personalidad de este triste y alegre soñador que se llama Mambruno! Algunos lo creen bonachón como si se tratara de un Sancho Panza cualquiera. No, no, Mambruno ni es malo, ni es bueno, es complejo, una mezcla, como casi todas las criaturas humanas. Resentido, ¿de qué?, ¿por qué? Díos le ha dado más de lo que merece. Fracasado, ¿cómo se va a sentir fracasado si tiene cinco cabecitas sobre su corazón formando un coro angélico? Mambruno no ha buscado nunca, durante su no corta vida, ni la fama, ni la popularidad, y el dinero nunca como un fin, a lo más como un medio, y a regañadientes, ha preferido, se ha contentado con la libertad, la independencia y el trabajo gustoso.

Mambruno sólo desea seguir con la misma alegría, con igual sentido del humor. Algunos no comprenden que cuando Mambruno se ríe, no se ríe de nadie, se burla de si mismo, es una suerte de monólogo que se desdobra en diálogo entre Mambruno y su sombra.

JUAN RUIZ PEÑA

(Continuará)